José Antonio Vázquez Taín

MÁS ALLÁ Y MÁS ARRIBA



Historias de los primeros peregrinos del Camino de Santiago



José Antonio Vázquez Taín

MÁS ALLÁ Y MÁS ARRIBA

Historias de los primeros peregrinos del Camino de Santiago

Prólogo de Carlos Herrera

Ilustraciones de Luis Doyague



© José Antonio Vázquez Taín, 2020 © Carlos Herrera, por el prólogo, 2020 © Editorial Planeta, S. A., 2020 Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A. Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

Diseño de interior: María Pitironte
Ilustraciones: © Luis Doyague (www.doyague.com)
Imágenes de interior: © Krzysztof Blachnicki-Wikimedia; © ACI; © Prisma/Album;
© Oronoz; © Album; © Eric Lessing, Granger, NYC; The British Library; AESA;
Morgan Library, NY.
Iconografía: Grupo Planeta

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 18.499-2020 ISBN: 978-84-670-6085-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain* Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prólogo, por Carlos Herrera, 11

PERMITID QUE ME PRESENTE, 13

CAPÍTULO PRIMERO

EL CAMINO PRIMITIVO. 19

CAPÍTULO SEGUNDO

EL CAMINO DE LA PLATA, 65

CAPÍTULO TERCERO

EL CAMINO PORTUGUÉS, 111

CAPÍTULO CUARTO

EL CAMINO FRANCÉS: DE LE PUY-EN-VELAY A SAN JUAN DE PIE DE PUERTO, 157

Capítulo quinto

EL CAMINO FRANCÉS: DE SAN JUAN DE PIE DE PUERTO A LEÓN, **231**

CAPÍTULO SEXTO

DIEGO GELMÍREZ Y LA CATEDRAL, 311

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL CAMINO DE LA COSTA. 371

CAPÍTULO OCTAVO

LAS ÓRDENES MILITARES Y TIERRA SANTA. 409

CAPÍTULO NOVENC

EL CAMINO LEONÉS. 469

CAPÍTULO PRIMERO

EL CAMINO PRIMITIVO



mediados del siglo IX, el Imperio carolingio, que había llegado a ocupar la zona central del Viejo Continente y parecía llamado a ser el heredero del Imperio romano occidental, se desmoronaba a causa

de las interminables guerras fratricidas entre los descendientes de Carlomagno, regando de sangre una y otra vez una Europa que no sabía vivir en paz. En Oriente, Bizancio soportaba con dignidad los sucesivos embates de Bagdad y mantenía aún un esplendor propio de otros tiempos. En el norte, los reyes daneses y noruegos, que gobernaban prácticamente toda la península escandinava y las islas del norte de Inglaterra, enviaban sus armadas de *drakkars* («dragones») y *snekkars* («serpientes») a recorrer las costas, tanto del Atlántico como del Mediterráneo, dedicándose al saqueo y al asesinato, y haciendo nacer así una leyenda, como si descuartizar hombres y violar mujeres indefensas tuviese algo de épico.

En la Europa católica medieval solo había tres tipos de hombres: los que trabajaban con sus manos, labrando la tierra y cuidando el ganado, los que guerreaban y los que oraban. Ninguno de estos tres grupos tenía descanso en su labor. Desaparecido el Imperio romano y desmembrado el carolingio, no existía autoridad alguna que pudiese poner freno a las ambiciones de poder de todo aquel que pudiese empuñar una espada o esgrimir una cruz. Ni siquiera el Sacro Imperio Romano Germánico, que estaba naciendo,

tendría ascendencia alguna sobre los demás reinos. Las ansias por conseguir una corona, fuese esta real, nobiliaria o episcopal, llevaban al continuo enfrentamiento armado entre pretendientes, única vía de dirimir conflictos cuando no existe orden ni jerarquía, sin importar si el oponente era hijo o hermano ni cuántas vidas humanas había que sacrificar. Lo único relevante era conservar la cabeza al finalizar la contienda. Sin nadie que se preocupase en la vieja Europa por los estómagos de sus súbditos, el hambre y las enfermedades eran tan comunes como las estaciones.

Guerra y muerte

Las únicas constantes durante varios siglos fueron la guerra y la muerte.

En la península Ibérica, una casualidad del destino había convertido a Córdoba en el refugio de la dinastía Omeya frente a los Abasíes de Bagdad, naciendo así un emirato que con el tiempo se convirtió en uno de los reinos más brillantes de la historia peninsular en cuanto a ciencia y cultura se refiere. Por aquel entonces (siglo IX), en la zona musulmana solo la dinastía Banu Qasi, descendiente del Comes Casio, visigodo convertido al islam, cuyo centro de poder estaba asentado en Tudela y Zaragoza, hacía sombra al emir, llegando a denominarse a sí mismo «tercer rey de las Hispanias». En el norte, la Hispania cristiana se dividía en dos zonas. La occidental, con capital en Oviedo, que se empeñaba en mantener vivo el rescoldo del reino visigodo como medio de legitimar su aspiración sobre toda la Península, sobrevivía exclusivamente gracias a la indiferencia de los musulmanes, que en un comportamiento que nadie ha podido explicar, consintieron que un pequeño núcleo de resistencia —muy inferior, pero enormemente beligerante— creciera dentro de sus fronteras. En el este, una franja de condados tributarios del reino franco se limitaban a actuar de frontera frente al islam, aprovechando los Pirineos, siempre en constante situación de guerra, ya fuese defensiva, ya fuese civil.

Se establecieron así dos sociedades: la cristiana, que, al igual que las tierras que ocupaba, era dura y de vida difícil, y la árabe, que, pese a los constantes enfrentamientos entre las diferentes etnias que albergaba, trataba de hacer florecer la agricultura, la industria, el comercio y las ciencias. Y tres credos, puesto que los musulmanes permitieron la profesión de las otras dos creencias monoteístas —la judía y la cristiana— a cambio de que pagasen sus impuestos. A sus seguidores los llamaban «creyentes del Libro», en referencia al Antiguo Testamento, texto sagrado para las tres religiones. Los tres cultos coexistieron en un difícil equilibrio entre convivencia, recelo e indiferencia.

La entrada del pensamiento griego por el Mediterráneo peninsular, gracias a los árabes, hizo brotar en la sede arzobispal de Toledo, primada de España, una corriente religiosa cristiana que, básicamente, intentaba tender puentes con la religión musulmana. Se trataba del «adopcionismo», creencia que negaba la concepción divina de Jesús —al igual que la religión islámica, que lo considera un simple profeta— y que afirmaba, siguiendo ideas de la filosofía griega, que el Mesías había nacido como simple hombre de una mujer mortal, como antes había sucedido con Hércules, pero que su virtud y sus obras habían hecho que el Altísimo lo adoptase como hijo propio, otorgándole así naturaleza sobrehumana y pasando a formar parte de la eterna Santísima Trinidad.

Para una sociedad en la que el nacimiento determinaba la condición social, admitir la idea de que el descendiente de un carpintero podía, por sus obras, llegar a ser hijo de Dios, suponía un claro peligro para los estamentos establecidos, así que la reacción surgió de forma violenta de entre las filas más reaccionarias de la Iglesia católica afincadas en el incipiente Reino de Asturias. El Beato de Liébana* denunció como herejía este pensamiento, que no

^{*} Monje del monasterio de Santo Toribio de Liébana, autor de varios códices miniados, entre ellos *O Dei Verbum*, sobre la predicación de Santiago el Mayor en Hispania.

era nuevo en el cristianismo, consiguiendo la condena papal y la persecución de sus seguidores. Pero, al mismo tiempo, difundió una idea convertida en premonición: la de la predicación del apóstol Santiago el Mayor en la península Ibérica como realidad histórica y su posible enterramiento en un lugar que denominó *Finisterrae*. La idea se verá confirmada con el descubrimiento, en torno al año 830, de un santuario oculto bajo tierra en el que reposaban los restos de un santo cristiano del siglo I, que pronto se identificaron como los del apóstol. Lo que ya hacía siglos fuera un lugar de peregrinación —pues la tumba de dos pisos y la cúpula que la cubría y la ocultaba mostraban signos de haber sido lugar de adoración—pronto volvió a convertirse en reclamo de creyentes. De ese modo irá surgiendo —o, quizá, resurgiendo— mi existencia.

En aquellos tiempos, la violencia, la enfermedad y el hambre, en una vida de constante miseria para la mayoría de la población, convertían la muerte en una realidad tan cotidiana como la luz o el aire. Y, en tales condiciones, el ser humano se aferraba a cualquier refugio que ofreciese un atisbo de esperanza, aunque para alcanzar-la hubiese que esperar al más allá. La fe era la soga y la esperanza, el yugo y la luz, la paciencia y la ensoñación. El sufrimiento en este valle de lágrimas merecía la pena por la gloria que se prometía a los que habían soportado con resignación el padecimiento. En el Emirato de Córdoba, por el contrario, pese al constante estado de guerra, resplandecían las artes y las ciencias, y el culto a los placeres terrenales no era visto con malos ojos. Por desgracia, los siglos de convivencia no supusieron la permeabilidad necesaria de conocimientos.

Los inicios

Por aquellos años mi suerte estaba muy lejos de estar segura por varias razones. Cierto que la costumbre de venerar reliquias y lugares de reposo de santos y mártires había arraigado en Occidente. Cientos de centros de peregrinaje se repartían por Europa central acogiendo devotos y donaciones por igual. La creencia en el poder

de intercesión de lo sagrado era absoluta, ya fuese la tumba de un personaje relevante de la Iglesia, ya fuese algún objeto de su pertenencia o que simplemente él lo hubiese tocado. La fe en su capacidad de salvación, en su potencialidad milagrosa, lo convertía en el refugio anhelado de los desamparados. Algo perfectamente lógico en un mundo en el que los únicos conocimientos científicos que podrían explicar los fenómenos de la naturaleza se ocultaban en los monasterios bajo laberintos románicos infranqueables. Otras religiones, incluso la Iglesia cristiana oriental, fijaban sus templos de culto en lugares donde algún personaje había nacido o alcanzado la perfección. Sin embargo, en Occidente, el culto a la muerte se asentó con solidez, convirtiendo las necrópolis en santuarios, en un proceso quizá alentado por la propia Iglesia, que de ese modo recordaba al creyente la temporalidad terrenal.

Aunque estas circunstancias pudieran parecer propicias para el asentamiento de un nuevo centro de peregrinaje —máxime si se trata del lugar donde supuestamente reposan los restos de uno de los apóstoles del Señor—, un cúmulo de impedimentos dificultaban el éxito de mi redescubrimiento.

En la Edad Media únicamente los nobles y los religiosos, o los vagamundos sin oficio, podían permitirse abandonar sus labores durante un tiempo prolongado, como el que era preciso para realizar cualquier trayecto largo, pues necesariamente debía recorrerse a pie o a caballo. Apenas existían infraestructuras que el viajero pudiese utilizar, y aun los mercaderes que se desplazaban por negocio soportaban riesgos, penurias y portazgos, que convertían cada expedición en una peligrosa empresa en la que con suma frecuencia se perdía algo más que la mercancía. En mi caso, la situación se agravaba por el hecho de que el *Finisterrae* del Viejo Continente se encontraba totalmente aislado. Los pequeños reinos de Asturias y los condados de la Marca sobrevivían a duras penas, más que por la fuerza de sus espadas, por la indiferencia de Córdoba, que no veía en ellos ni peligro ni interés. Pero ese subsistir, siempre al pairo

de la veleidad humana, hacía de la inseguridad rutina, pues cualquier expedición de las que frecuentemente volvían por estos territorios para saquear podían suponer un asentamiento definitivo y el fin de la Cruz en la Península. Incluso los francos se habían limitado a establecer condados defensivos en la frontera pirenaica, la Marca Hispánica, renunciando a cualquier avance que pudiese molestar a los poderosos príncipes Banu Qasi de Zaragoza, tras la amarga derrota que el propio Carlomagno había sufrido en el sitio a la antigua Cesaraugusta.



Así pues, de mis posibles recorridos, ningún trayecto había más allá del inestable Reino de Asturias que no transitase por territorio sarraceno, y lo incierto de los periodos de paz no aconsejaba aventurarse a recorrer territorio enemigo.

Llegamos así al año 859, creo recordar, y aun cuando mi extensión no cruzaba todavía fronteras, sí lo hacía la fama de las supuestas riquezas que se acumulaban al final de mi trayecto, fruto de las donaciones que los nobles gallegos y asturianos realizaban con generosidad en espera de un aliado divino que compensase sus mermadas fuerzas militares. Esa fama no atraía precisamente devotos, aunque ya por aquel entonces empezaban peregrinos a crearme, con sus gestas y vivencias. Recuerdo la de un joven pastor de montaña...



Un incidente imprevisto

Durante toda la mañana Miguel había estado comprobando que los cortines* que protegen los panales estuviesen intactos, pues las abejas estaban en plena labor de producción. El fuerte viento de espalda impedía que los mastines detectasen su presencia, pero el mugido agónico no permitía albergar muchas dudas de lo que estaba pasando. Los perros saltaron como resortes, corriendo en dirección al quejido. Miguel aferró instintivamente el cuchillo que portaba al cinto y recogió del suelo la larga vara de castaño con una pequeña pero robusta hoz en la punta que utilizaba para podar y que consideraba su mejor arma en estos lances. La inclinación del terreno y la espesura de los brezos le impedían correr con agilidad, así que perdió a los canes de vista. Pronto los ladridos le ayudaron a orientarse y, para cuando alcanzó el lugar, pudo ver a sus dos mastines, uno a cada lado del oso, tratando de lanzar algún mordisco sin ser alcanzados por sus zarpas. Apretando su palo, se aproximó, deseando que el animal no reparase mucho en

^{*} Muros de piedra, regularmente circulares, que se levantan para impedir que los osos coman la miel.

él, y desde un costado lanzó con todas sus fuerzas un tajo que la fiera acusó girando de forma violenta. El constante ataque de los perros impidió que la bestia pudiese acometerle, pues no sabía si agredir o defenderse, y en esa confusión lanzó un segundo corte, cerca del cuello, que hizo erguirse al plantígrado. Esta vez su pata sí golpeó la pica arrancándosela de las manos momentáneamente. Por suerte, la herramienta no sufrió daños y la recogió al instante. Para cuando se disponía a continuar la lucha, la alimaña alcanzó con su garra a uno de los chuchos, proyectándolo lejos, y aprovechó para huir por el costado que le quedaba libre. Mientras que los ladridos se alejaban en una persecución estéril, el pastor buscó a la res por si se podía hacer algo. Las vísceras por el suelo daban cuenta de la violencia del ataque y de lo inútil de la asistencia. Entonces, cuando la adrenalina volvió a sus índices normales, notó el temblor del miedo que hasta entonces no había sentido.

No era más que un oso solitario y sin territorio que vagaba de un lado a otro. Pero las heridas de la res le mostraban lo que podía haber causado en su cuerpo de haberlo alcanzado.

Había que recoger al resto de las vacas y llevarlas al cercado para protegerlas, pero, desperdigadas como estaban fruto del pánico y sin la ayuda de los perros, sería enormemente difícil. Lo mejor era empezar por ir a buscar a su mujer, Sara. Entre los dos podrían arrastrar los restos del animal muerto hasta el camino más próximo y allí cargarlo en el carromato; al día siguiente debería llevarlos sin falta ante el señor para que viese que la muerte la había causado un oso y no le culpase a él de la pérdida. Fingiendo que habían sido devoradas por el depredador, podrían aprovechar algunas vísceras sin que el amo lo supiese. Por suerte no era un buen ejemplar, aunque eso solo lo sabía él. También podía ocurrir que el señor lo considerase responsable por desatento y lo castigase. Siempre se había considerado afortunado en aquellas tierras; lejos de otras gentes, cierto, pero tranquilo con su dueña. No quería ser expulsado de un lugar en el que había llegado a sentir cierta seguridad.

Rendir cuentas

Al día siguiente, la cara de desaprobación del capataz le hizo temer lo peor. Pese a que había tratado de explicar lo sucedido como un incidente imprevisible, no había encontrado ni un gesto de comprensión, tan solo un silencio torturador. Los minutos transcurrían esperando que dijese algo, y ya se veía preso por dañar la propiedad del amo. Por fin una mueca burlona deformó aquella cara de desprecio y le señaló el camino,

—Debes llevar la res a Burón*. Allí decidirá el señor qué hacer contigo.

Miguel sintió alivio por poder abandonar aquella presencia amenazante, así que, sin meditar mucho las consecuencias de la orden, cogió la carreta y salió en la dirección señalada. No había recorrido ni cien metros cuando se dio cuenta que no había estado nunca en Burón y que ni siquiera sabía la distancia que había hasta allí; solo tenía una ligera idea del camino que debía seguir. Pero ahora no podía detenerse y reconocer su ignorancia. El capataz podía cambiar de idea y azotarlo allí mismo, así que tiró con fuerza del carro y subió el repecho como pudo. En lo alto de la loma, sintiendo que la soledad lo protegía, se detuvo y trató de orientarse. Miró alrededor buscando el sol que apenas clareaba un poco entre las nubes. Hacia el oeste, algunas cumbres aún mostraban un generoso manto blanco. Hacia el noreste debía de estar su destino. Sin embargo, no encontraba ningún signo de vida que lo confirmase. Intentó averiguar, según las vagas referencias que recordaba, cuál de aquellos montes podía ser y, tras girar la cabeza hacia atrás y calcular el camino recorrido, calculó que le quedaba más o menos la misma distancia que había caminado desde su morada. Debía apresurar el paso si quería llegar a mediodía.

Advirtió que se aproximaba a su destino a medida que el camino se volvía más transitable. Las huellas del firme indicaban

^{*} Hoy Burón es solo una pequeña aldea a dos kilómetros de A Fonsagrada. En el siglo IX, A Fonsagrada no existía y Burón era la parroquia de la zona.

que estaba frecuentado, y las fincas empezaban a mostrar la mano del hombre. Recibió una última señal al ver a un mulero y divisó por fin la casa fuerte. Nunca había visto una construcción tan grande, así que no pudo quitar los ojos de ella.

Se detuvo sudoroso, pero satisfecho, aunque no pudiese precisar el motivo. Buscó con la vista a quién dirigirse, pero todos los que pasaban cerca de él corrían con una determinación que le impedía decidirse, y sintió miedo de molestar. Al fin optó por una anciana que caminaba con lentitud.

—Mal día ha elegido para traer problemas. Entre en el patio y busque al mayordomo. El más gordo que vea. Imposible confundirlo.

Y así lo hizo.

—¿Y dice que esto es obra de un oso? —preguntó el mayordomo—. Qué heridas más feas. Por los surcos de las garras se puede calcular el tamaño de su zarpa. ¿Y se ha enfrentado usted solo a la alimaña? Menudo valor. En fin... Parece enviado por la Divina Providencia. ¡Matarife! ¡Matarife! ¿Cuánto animal se puede aprovechar?

El carnicero se acercó a observar ignorando la presencia del pastor.

- —Veo que lo han sangrado bien, así que la carne estará sana. Yo creo que, salvo las vísceras, que supongo las habrá devorado el oso, el resto está intacto y aprovechable.
- —Pues no se hable más —repuso el mayordomo—. Pastor, ayuda al matarife con el animal, que falta nos hacen manos. Recibirás comida y un jornal, y puede que te deje llevar parte del cuero, que seguro que en esos montes te será útil.

Pese a su volumen, el mayordomo se movía con una agilidad asombrosa y desapareció de su vista. Miguel volvió a coger la carreta y siguió al matarife. Fuera de la casa, un árbol mostraba un cordero recién degollado. El carnicero lo descolgó e indicó a los trabajadores que colocaran la res en su lugar. Mientras despellejaban al animal, y pese a la falta de costumbre de hablar con nadie que no fuese su mujer, el pastor no pudo evitar preguntar:

—¿Siempre tienen este ajetreo en el castillo?

—¿Castillo? Se ve que vienes de los montes. Es solo una casa fuerte. El castillo está más abajo, en Cádavo. El señor viene de camino. Un correo ha anunciado que una comitiva real se dirige a pasar la noche aquí y debemos tener todo preparado.

Aquella noche, tras el regreso de su marido, Sara no pudo dejar de examinar la piel de la res a la tenue luz del hogar, buscando cualquier daño que tuviese y mirando cómo repararlo. Bien curtida, podría permitirle reponer abarcas y aún sobraba para guardar.

- —¿Seguro que el señor te ha dado la piel sin más?
- —No te estoy hablando de eso ahora, Sara. Te digo que muchos señores importantes, próximos al rey, se dirigían a una tumba que dicen hay hacia la costa, no más lejos de cuatro jornadas, en la que está enterrado el apóstol nuestro señor Santiago.
- —¿Y eso qué tiene que ver con la piel? ¿No la habrás robado y acabaremos colgados los dos?
- —Deja la piel ahora. Te digo que los señores acuden a la tumba, a orar y a llevarle oro y joyas, y a pedirle protección.
- —¿Por qué habrían de hacer una cosa así? Llevar oro a una tumba. Es como tirarlo.
- —No me escuchas. Le llevan ofrendas, como los Reyes Magos llevaron a Nuestro Señor cuando nació. Y el apóstol, aunque muerto, les concede protección y hace milagros por ellos. Por eso van.
- —¿Y eso qué tiene que ver con nosotros, que somos pobres y no tenemos oro ni tiempo que perder en viajes?
- —¿No ves qué pretendo? Este mundo solo es un lugar de paso, una prueba para demostrar que merecemos la vida del más allá.
- —Y dejando de atender nuestras obligaciones, ¿demuestras mejor tu fe? Escucha lo que nos dice el abad: sirviendo al amo es como si sirviésemos al Señor.
- —No estoy pensando en mí, ni siquiera en nosotros. Estoy pensando en nuestros angelitos...
- —¡Ah!, eso... —la mujer soltó la piel y miró al suelo—. ¿Y qué oro vas a llevar para que ese santo nos devuelva la vida de nuestros hijos?

- —Esta vida ya la han perdido, pero... ¿Y si no han alcanzado la gloria? ¿Y si están destinados a vagar por toda la eternidad en el purgatorio o en el limbo? Nunca más podríamos tenerlos entre nuestros brazos si el Señor nos lleva con Él.
- —No digas eso. Qué mal pudieron hacer ellos en este mundo si ni siquiera alcanzaron uso de razón.
- —Entonces, ¿por qué el Creador decidió quitarles la vida? Nunca dejo de pensar en si merecían algún castigo, o si lo merecíamos nosotros. Y quizá por ese mismo pecado que desconocemos dejaste de ser fértil. El caso es que quiero que Dios nos perdone. Y si solo era una prueba, quiero demostrarle de forma clara que mi fe está por encima de todas las desgracias que nos envíe.
- —¿Y con resignarnos y seguir creyendo no es suficiente? ¿Tienes que arriesgar tu vida? Piensa que si me faltas tú me echarán de estas tierras...
- —Llevamos dos años así y no veo que Dios se apiade de nosotros.
- —Pero si los señores que todo lo pueden necesitan oro para que el santo les haga caso, ¿qué vas a llevar tú para conseguir su favor? —preguntó la mujer.
- —Mi oración. La fe mueve montañas. ¿No nos dice eso la Biblia?
- —No seas loco y da gracias a Dios por la piel, si es que no la has robado.

Las tres cruces

Un desagradable chaparrón de primavera estaba descubriendo todas las goteras de la minúscula capilla donde se juntaban a rezar. «La madera no estaba totalmente seca cuando la colocamos el año pasado», pensó, «y el sol y el frío la han hecho retorcerse y abrir huecos». Una gotera en la espalda del sacerdote le hizo adelantarse un poco y su frente casi rozaba la cruz de la pared. Por su parte, los feligreses —apenas una docena— buscaban un lugar donde no sufrir el frío bautizo de la naturaleza.